



CAPÍTULO XV.

**M**ANUELITO, á fuer de buen conquistador, según él decía, no emprendía lance ni aventura á secas. Su temperamento, un tanto linfático, y su constitución anémica y gastada le obligaban á usar estimulantes.

Plaisant sabía muy bien por sus libros de cuentas corrientes las veces que Manuelito se encontraba en lances amorosos. Esa noche acababa de recibir una tarjeta de Manuelito con un simple número 4. Plaisant, sin vacilar, entregó en cambio de la tarjeta cuatro botellas de champagne imperial y una dotación competente de pasteles y dulces.

Ya había oscurecido completamente en la habitación de D. Trinidad y ni á Clara ni á Lupe les había ocurrido encender la vela.

Clara hablaba con Manuelito cerca del balcón y Lupe hablaba con el joven que acompañaba á Manuelito y que, generalmente, se prestaba á esta clase de auxilios bien poco espirituales.

El amigo de Manuelito se llamaba Carlos, no era rico, pero vivía de sus rentas; y por más que esto parezca una paradoja, debemos hacer notar que Carlos no era el primero que resuelve en México ese difícil problema.

Su padre era agiotista, y Carlos se encargaba de agitar algún negocio de usura en el palacio de justicia, por cuenta de su padre; por lo demás era el protegido de Manuelito, y esto le bastaba, porque la protección consistía en cajas en el juego, y en otras *buscas*, según expresión del mismo Carlos. Sea como fuere se vestía bien, vivía bien y bebía bien.

Aunque su papel en aquellos momentos era el de hablar de frivolidades con Lupe mientras Manuelito hablaba de cosas sustanciosas con Clara, no tardó mucho Carlos en llevar la conversación con Lupe al terreno del amor. Hubiera decaído la conversación por parte de ambos si un nuevo toquido á la puerta no hubiera venido á dar animación al cuadro.

Era el criado del hotel que volvía de la casa de Plaisant con las cuatro botellas de champagne y los pasteles.

—Qué es eso? dijo Clara asustada.

—Nada, es un refresco, dijo Manuelito recibiendo las botellas. Trae copas y destapa, le dijo al criado.

—Pero qué va á decir mi mamá si viene á encontrarnos bebiendo?

—No tenga V. cuidado. Cuando venga habrá también de aceptar una copa.

—Y brindará con nosotros, agregó Carlos.

—Por de contado.

Bien pronto aquellos cuatro pollos estuvieron con la copa en la mano.

Lupe y Clara hacían todavía esa prudente é ingenua observación que hacen las personas no acostumbradas á beber. ¿Y si se me sube?

—El champagne no se sube, dijo Carlos con aplomo.

—Es imperial, agregó Manuelito con convicción.

Y ante declaración tal y tan magistralmente expuesta, aquellas pobres muchachas de pueblo entendieron que la juiciosa objeción sobre los efectos del vino sería de mal tono, y, como Gumesindo su hermano, se decidieron á fingirse familiarizadas con el mejor de los vinos.

Por las circunstancias que explicaremos después, D. Trinidad y D.<sup>a</sup> Candelaria llegaron aquella noche al hotel mucho más tarde de lo que se habían figurado.

